

Los senderos Ocultos. Entrevista con Pilar Cabrera Fonte

Jorge Brash

Universidad Autónoma de Veracruz

El premio Bellas Artes Juan Rulfo para primera novela se estableció en 1980, convocado inicialmente por el Instituto Nacional de Bellas Artes, INBA, de México, junto al gobierno del estado de Guerrero.¹ A cuarenta y tres años de establecido, sigue siendo auspiciado por el INBA (ahora INBAL) en colaboración con otras entidades: el Gobierno del Estado de Puebla junto a la Universidad Iberoamericana de Puebla, en el 2022 y 2023. Desde el 2018, el premio está abierto a la participación de novelas escritas en cualquiera de las sesenta y ocho lenguas originarias de México reconocidas en el Catálogo de las Lenguas Indígenas Nacionales, además del español. Su propósito es el de “promover el género narrativo entre jóvenes autoras y autores que no han publicado aún su primera novela.”² A su prestigio contribuyen galardonados como Dorelia Barahona e Ignacio Padilla, destacados autores que iniciaron su carrera con esta distinción. El último galardonado es José Antonio Molina Vega con la novela *Mientras viva en la tierra*.

El que el premio esté abierto tanto a extranjeros residentes en México como a mexicanos residentes en el extranjero, y el que no tenga un límite de edad (es decir, es para “jóvenes autoras y autores” pero, afortunadamente, no para autoras y autores jóvenes), le permitió a Pilar Cabrera Fonte alcanzar esta distinción en el 2022, con la novela *Camelia 12*. Pilar vive en Estados Unidos desde hace más de veinte años. Se recibió del programa de doctorado en literatura comparada de la Universidad de Texas en Austin, y desde el 2010 trabaja como académica en una universidad del estado norteamericano de Dakota del Sur. Cuando recibió el premio tenía cuarenta y ocho años, y sus publicaciones consistían mayormente en estudios sobre literatura cubana. Entre estos, destaca la investigación titulada “En la lente de Julio Berestein. «Lo que puede usted ver en el Museo Nacional» y las (más)caras de la cámara en Virgilio Piñera,” que es parte de un libro dedicado a Orígenes, el grupo formado en torno a la revista que editaran José Lezama Lima y José Rodríguez Feo. La novela premiada se tituló inicialmente *Flores por ti*, por una canción que recordarán los amantes de Silvio Rodríguez. Una frase de esa canción (“De la ausencia y de ti, Velia”) le sirve de epígrafe: “las ideas son balas hoy día y no puedo usar flores por ti.” Hay otro epígrafe más, del Tao Te Ching: “Haz que el pueblo, por darle a la muerte su justo peso, no emigre a lugares distantes”. Ambos introducen las temáticas de pérdida, emigración y revolución que se desarrollan en la novela.

Como lector de la novela en sus primeras versiones, fui testigo de los cambios y reducciones por los que pasó. En esta entrevista exploro parte de las dimensiones autobiográficas de *Camelia 12* que, por mi cercanía con Pilar, estoy en posición de comprender y reconocer.

Jorge Brash [JB]: Antes que otra cosa, quiero decirte, Pilar, que me encanta poder compartir contigo esta entrevista. No todos los tíos pueden presumir de tener sobrinas con quienes además de los lazos familiares existen importantes aficiones y creencias comunes.

Confieso para empezar que no me ha sorprendido. Tu abuela (que fue además una de mis tías favoritas) ya te avizoraba como a una persona que sobresaldría en varios planos. Y quienes te teníamos cerca fuimos comprobando en diferentes momentos cuan cierta era aquella premonición.

Me gustaría que hablaras un poco acerca de tu formación. Quienes hemos seguido tu carrera sabemos, gracias a la atención que despertó el que fueras galardonada con el Premio Juan Rulfo en 2022, que creciste en circunstancias un tanto peculiares. Pero tu caso es para mí especialmente atractivo. Digamos que (ya sé que trampeo un poquitín pues hablo a toro pasado) la niña que fuiste (y espero nunca te abandone) estaba en el ambiente propicio para llegar más tarde a quien eres hoy.

¿Cómo empezaste a escribir?

Pilar Cabrera Fonte [PCF]: Tío, ya que mencionas a mi abuela Josefina, voy a empezar por allí. Cuando me quedaba en su casa, a la hora de dormir, mi abuela nos leía cuentos a mis primos y a mí. Sus manos daban brincos sobre la sábana cuando narraba cómo la mangosta Rikki tikki tavi peleaba contra las cobras Nag y Nagaina. Otro que siempre nos leía era el de La Foca Blanca, también de Rudyard Kipling. Mi abuela era tan buena narradora de cuentos que hasta ahora puedo ver el agua polar por donde andaba la foca. Bueno, pues cuando mi mamá quiso regresar a Cuba yo tenía once años. Volví a México al verano siguiente y me quedé con mi abuela Josefina; no quise regresar a Cuba. Entonces vino mi madre por mí al otro verano y me llevó de vuelta a La Habana. Fue muy difícil porque yo no quería separarme de mi madre, pero tampoco de mi familia en México. Cuando volví a La Habana a los trece años estaba francamente resentida con mi mamá, y empecé a escribir más o menos por entonces. Yo creo que por descubrir alguna forma de voz y autonomía, por recuperar los mundos perdidos, por comunicarme con mi familia en México, mi padre y mi abuela en especial, que eran ambos muy entusiastas lectores de mis primeros poemas y decían cosas como, tienes que leer a tal y tal. Tus poemas me recuerdan a tal y tal—Miguel Hernández y León Felipe, creo que es a quienes me recomendó mi papá. Y así, claro, siguió para mí un hábito de leer como una actividad íntima, autónoma. Mi tía Lucy fue mi principal mentora y bibliotecaria en La Habana. Me daba sus libros; tenía una biblioteca hermosa a lo largo del pasillo de su departamento en Santos Suárez, con mucha de cuanta literatura se publicó en Cuba después de la Revolución: desde Kafka, Dostoievski, Tolstoi, Chéjov, a Shakespeare, Vallejo, Neruda... Lucy era poeta y excelente lectora. Hablar con ella y visitarla en todos mis años en La Habana (fueron tres para ser exacta) era enteramente maravilloso.

JB: Cuando concebiste la novela, ¿tuviste un plan predeterminado o lo fuiste trazando en el camino?

PCF: Cuando empecé a escribir *Camelia* 12 tenía un año sabático en la universidad donde enseñé español y literatura hispana. Eso fue clave. Y tenía la idea de escribir una novela sobre la vida de mi abuela (mi otra abuela, Gloria Zarabozo). En especial, la de aquel matrimonio por conveniencia al que por poco se lanza por escapar de la vuelta a Cuba que mi mamá decidió realizar, un matrimonio con un cubano de San Antonio al que mi abuela siempre llamó “El Gordo.” Aunque sé cuánto sufrimos con esa y otras historias, quería verlas como material de comedia: la comedia de la repatriación fallida de Cristina Fuentes (el nombre que le di a mi madre en la novela). Resultó una mezcla en la que hubo más de memoria que de ficción. Así todo, tomó muchos cuadernos con planes que cambiaron muchas veces, pues decidí muy al principio que la narración no podía ser lineal, sino que debía tener una forma dual, pendular, dividida entre tiempos presente y pasado. La novela *Mrs Dalloway* de Virginia Woolf fue el modelo para mi estructura temporal. Quería afinar la historia en un solo día, como hace Virginia. Pero ese día debía abrirse a la historia de nuestro ir y venir entre México y Cuba, y esa no podía empezar sin la historia de la juventud de mi abuela. Además, se fueron sumando otros personajes y otros espacios, de manera que la novela acabó extendiéndose de México y Cuba hasta la Florida, y luego hasta los reinos de las Mil noches y una noche. Aunque los planes cambiaron muchas veces, siempre me fue preciso tener un plan antes de empezar a escribir.

JB: ¿Prefieres alguna hora para trabajar? En general, cómo organizas tu entorno, ¿cómo gestionas tu tiempo entre las obligaciones impuestas desde afuera y la libre creación?

PCF: Como te decía, la novela se la debo en parte a esa tradición que ojalá perdure en las universidades que es la del sabático. Antes de eso no sé si es que no podía, o si tan solo es que no sabía que podía separar el espacio mental además del tiempo necesario para un proyecto que pide tantas horas de concentración. Ya escrita la primera novela creo, espero, que será más fácil afinar la práctica de la escritura creativa en plena vida diaria. El premio Juan Rulfo es un reconocimiento que me ha permitido contar mi actividad de narradora como “scholarship,” digamos, una tarea que la universidad reconoce como algo valioso o, más exactamente, válido, para que una profesora de lengua se dedique a ello y pueda contarle en sus evaluaciones. Parece un asunto menor, pero en realidad es muy importante en la balanza de tiempo y obligaciones impuestas cuando la renta (esa que decía Virginia Woolf que una mujer necesita junto a su habitación propia para poder dedicarse libremente a la ficción) viene del salario académico. Hay otra cosa que ahora hace más fácil que después del trabajo yo pueda desaparecer un par de horas para escribir, y es que mis hijos ya son dos muchachos.

En lo que toca a la rutina durante el semestre, escribir mis sueños cada mañana o tan pronto como tengo un momento libre (hablo literalmente de sueños, no de mis aspiraciones o deseos) en libretas que están llenas de esquemas y dibujos, es una práctica que se me ha vuelto esencial. Es una forma de centrar mi tiempo en una práctica impráctica, que no busca ninguna ganancia ni interpretación, solo el gusto de contemplar fragmentos de mundos fugaces. Sé que hay una vena que en mi caso conecta esa práctica con otras formas de escritura, como la narrativa y la poesía. Sobre todo la poesía, que empecé a escribir a los trece años y dejé a los veinticinco, cuando emigré fuera del mundo hispanoparlante (supongo que esa coincidencia sea una forma de explicación). Con la escritura diaria de los sueños, la poesía reapareció de manera muy sencilla. Porque eres poeta además de mi

tío, tú has sido el único lector hasta ahora de la colección que llamo Canción de cuna para una serpiente. Y has de saber que felizmente uno de los poemas de ese librito va a salir en el próximo número, 6, de la revista Azogues Espejos que se publica desde Chiapas.

JB: Empezaste, como suele ocurrir, por escribir poesía. Siento que en tu caso viste en la poesía una manera de expresar tu voz de la manera más libre que nos es dada por la lengua.

PCF: Creo que eso que dices es exacto. Y fíjate qué curioso que haya sido el ejercicio, siento yo que desinteresado, de recoger mis sueños mediante la escritura, el que me haya devuelto esa libertad que al parecer se me había extraviado.

JB: Es notable la manera como aprovechas tus circunstancias para ir generando la ficción. Uno nunca sabe hasta dónde lo que se ve en tu relato es una fotografía o un óleo libremente compuesto.

PCF: Y eso también me parece que es un poco como lo que pasa en los sueños. Hay muchas imágenes y hasta secuencias fotográficamente reconocibles que se trasponen de la experiencia cotidiana, y hay otras claves cifradas, elaboraciones o si se quiere metáforas o imágenes poéticas. En el caso de *Camelia 12*, hay lo suficiente de la vida cotidiana como para que yo sintiera la necesidad de pedirles permiso a varias personas para contar partes de sus vidas en un entorno trastocado por la ficción y la invención. Fueron todas (todas tres) muy generosas en sus afirmaciones. Especialmente mi madre y abuela, que además de repetirme cualquier número de incidentes según les preguntaba, me pusieron en las manos materiales como fotos, cartas y viejas revistas de la Brigada Antonio Maceo en México.

B: ¿Cómo elaboras tus personajes?

PCF: No tengo una respuesta que se aplique para todos los casos, pero de nuevo hablando de *Camelia 12*, traspuse una historia familiar al plano de la ficción, y traspuse nombres cambiándolos por nombres similares o que para mí de alguna manera evocaban al original. Reinaldo Arenas hace algo muy parecido al nombrar a los personajes en sus memorias y en sus novelas. Claro que Fidel o Raúl Castro, Miguel de la Madrid o el mismo atleta cubano Dimas Juantorena, que son figuras públicas, no iban a cambiar de nombre. Y tampoco entidades que me interesan en su realidad social, como la Brigada Antonio Maceo y el grupo de sus hijos, en el que participé, los Maceítos, el Departamento de Moneda Convertible que tristemente dirigió Tony de la Guardia (quien fue fusilado), o el CIMEX, la corporación cubano-mexicana que cambió el departamento de mi madre en Lomas de Plateros por una casa en Marianao. Creo que esos nombres de personas, lugares e instituciones me sirven para trazar coordenadas en un mapa del pasado que puedo compartir con otros. Los nombres cambiados los reconocen las personas involucradas. Ellas también pueden decir (y me gusta que me digan): pero eso no ocurrió así sino asado, o yo lo que recuerdo es tal y tal.

JB: Me gusta la libertad con la que expones tus inquietudes existenciales sin que aquello parezca un tratado de metafísica.

PCF: Temo que no puedo hacer tratados de metafísica ni aunque lo intentara. Virgilio Piñera es un escritor que me ha acompañado profundamente. Mi tesis de doctorado es un estudio sobre la fotografía y los medios masivos en su obra. Como alguien dijo con certeza y con mucha mala leche sobre Virgilio, él escribía en el lenguaje de las lavanderas. Y yo qué más quisiera que escribir en la lengua de Virgilio—un escritor irreverente que lisa y

llanamente dice todo lo que se le antoja. Él escribió en su autobiografía una frase que a mí me ha resultado iluminadora en momentos de duda: “escribir simplemente es un oficio como otro cualquiera; en cambio, escribirse uno, he ahí el secreto.”³ La frase en su contexto no es transparente; al contrario, Virgilio habla en ese pasaje de opacidad, de confesiones y de códigos secretos. Yo la interpreto como una medida de compromiso interior, una operación casi alquímica en la que descubrirse es a la vez inventarse y, sobre todo, liberarse.

JB: Otra cosa que me gusta mucho es que en tu obra se advierta siempre la crítica a los valores y estructuras imperantes. Tienes una manera muy fina de poner en entredicho los sacrosantos dogmas de nuestra civilización. No obstante, tengo la impresión de que le dejas al lector el espacio necesario para que haga sus propias reflexiones sobre los problemas que le vas planteando sin hacerlos evidentes.

PCF: Me encanta que digas eso. He conocido tan de cerca a tantas personas (mi madre es una de ellas) cuyas apasionadas ideas políticas han sido abatidas por la realidad de una manera tan dura, que me han quedado muy pocas ganas de, según una frase que aprendí en mis años en Cuba, “comer candela,” es decir, salir a pelearme con quienes piensan distinto que yo. Pero a la vez ese sentido de justicia que ella tenía en su juventud, de compasión abierta a toda persona y de determinación de hacer su parte por una vida mejor, es algo a lo que no hay que renunciar, creo yo, aun si una comprende que no hay una fórmula cierta, como lo era para mi mamá (para su espanto actual) el Fidelismo.

JB: Dime algo sobre la lengua, el idioma, el idiolecto... Cómo influye en la creación.

PCF: Uy, el idiolecto, los idiolectos, influyen muchísimo. Qué bueno que me preguntas eso. Creo que es clave en la construcción de los personajes. Por ejemplo, si Sara Felgueroso en la novela es en algo como mi abuela Gloria Zarabozo, se lo debe sobre todo a que recoge su manera de hablar, sus frases. De una manera muy curiosa allí radica la esencia de su persona. Tener una vida distribuida (ciertamente en partes desiguales) entre México, Cuba, y Estados Unidos, me ha obligado a prestar una atención especial a los idiomas y a las formas de hablar. La mía, por ejemplo, marcada por esa experiencia inicialmente bi-dialectal, y después bilingüe, es seguramente un habla rara, extraterrestre, podríamos decir. Siempre alguien en algún lado ha encontrado extraña mi manera de hablar: cuando era adolescente, en Cuba me aseguraban que yo sonaba extranjera pero no hablaba como mexicana; en México me aseguraban que yo no hablaba como cubana, pero tampoco como mexicana. Mi mamá me decía que había empezado a hablar como yucateca (lo cual tendría sentido geográficamente, si Yucatán es un lugar intermedio entre La Habana y el DF) ... en Estados Unidos me identifican como hispana apenas abro la boca, pero en México me han dicho que sueno bien Pocha, o sea que mi habla es agringada. Me siento como un camaleón idiomático, pero un camaleón imperfecto, tarado...por suerte ya no me importa, y es algo que de hecho aprecio mucho. Refleja mi persona y las andanzas de mi vida.

JB: Te has referido antes a Virginia Woolf y Virgilio Piñera. ¿Puedes ahondar un poco en la influencia de cada uno o en otras influencias?

PCF: Ambos son, además de grandes escritores, escritores icónicos: ejercen una influencia profunda en muchas personas no solo por su obra sino por la manera en la que vivieron junto a esa obra. Creo que en mi determinación de escribir *Camelia 12*, el Orlando de Woolf es seminal. Orlando quiere ser escritor, poeta. Su vida tan dispar, sus

fluctuaciones entre el ser mujer y hombre, renacentista y romántico, y más, se articula mediante el acto de escribir (un acto de re-cordar lo que está disperso). Además, para mí como mujer bisexual escribiendo una historia en la que una relación erótica entre mujeres es central, Woolf es un referente fundamental. Virgilio es de alguna manera la presencia que me naturaliza cubana, mucho más que los intentos de mi madre por devolverme a esa patria que ella creía era la sociedad del futuro... Virgilio el de Buenos Aires, el del ir y venir entre dos tierras, el que hablaba y adoraba el idioma francés, el queer, el traductor, el ocurrente e irreverente. Para mí es como alguien de mi familia.

JB: Cuéntanos, si te parece, algo sobre tus gustos y disgustos personales al margen de la literatura...

PCF: Me encanta cocinar, las plantas, y caminar con mi perra, Jarochola—se llama Chola, pero como tú sabes, mi perra en mi infancia era la Jarocha. Esa Jarocha era la Jarocha tercera. Mi papá tuvo en Cuba al primer y original Jarochito, seguido por la Jarocha segunda, de mi abuela Gloria, también en Cuba. Jarocha tercera, como cuento en la novela, era una cachorrita comprada en un Gigante del DF que se fue conmigo a Cuba en 1985 y murió allá en La Habana. Pues no había vuelto a tener un perro hasta hace cinco años que tengo a Chola. Le digo a mi mamá que a veces me nace decirle Jarocha, y por eso bromeamos que es Jarochola... Disgustos me los dan las noticias del mundo, que he tenido que dejar de escuchar diariamente por un tema de salud mental. Escuchar una vez por semana, o ahondar sobre temas específicos, como el de Israel y Palestina, en vez de seguir el diario acontecer de las matanzas, es algo que practico ahora.

JB: Otra vez, sólo si te parece, hablemos un poquitín sobre la manera como concilias la vida familiar con la de la escritura.

PCF: Cuando los niños estaban pequeños la única escritura que practicaba era la que necesitaba practicar por mis estudios de doctorado y luego por mi trabajo como profesora: escritura crítica. Y noté que ser madre me dio una nueva y mejor capacidad de concentración: pasara lo que pasara, a las cuatro que recogía al bebé de la guardería, mi día laboral tenía que estar completo. Sus infancias me dieron muchas oportunidades de reconectar con experiencias (como amigos imaginarios) y con lugares como parques, albercas, terrenos de fut, la calle, las bibliotecas públicas, con los que me hacía falta reconectar para poder escribir. Pero claro, es más fácil cuando una puede dejarlos solos y sabe que (salvo una rara excepción muy al principio), no va a haber un incendio en la cocina.

Mi esposo, Daniel, es director del “Writing Center” en la universidad donde ambos trabajamos. Es un apasionado de la escritura y de los libros. Desde que lo conocí en Holanda hace más de veinte años he tenido la fortuna de tener cerca a un compañero en todas las aventuras y avatares.

JB: Háblanos de tus proyectos de escritura.

PCF: Estoy trabajando en una nueva novela, y quiero revisar y armar como libro ese poemario que ya conoces, de Canción de cuna para una serpiente. Además, he estado escribiendo varios cuentos. Uno de ellos, “Hotel Real de Xochiquetzal” será publicado próximamente en Confluencia.

JB: ¿Cómo ves el futuro de las publicaciones? ¿Desaparecerá el papel? ¿Llegaremos al dominio absoluto de la comunicación digital?

PCF: Si el papel desaparece, me veré en serios problemas para seguir escribiendo en mi diario de sueños y por lo tanto, me veré en serios problemas para seguir escribiendo poesía, con lo que mi vida será más aburrida y menos dichosa, así que espero que el papel no desaparezca. Confío en todo caso en tener suficientes cuadernos viejos para sobrevivir a tal eventualidad. Pero por lo demás, las publicaciones digitales pueden tener muchas ventajas, llegar hasta mucha gente. Mientras la gente lea y escriba (la gente, no las máquinas), realmente no importa tanto cómo.

Notas

¹ “Premio Bellas Artes Juan Rulfo para primera novela”. Enciclopedia de la literatura en México. <http://www.elem.mx/institucion/datos/1485>

² “Abren la convocatoria para el Premio Bellas Artes Juan Rulfo para Primera Novela 2023”. Gobierno de México. Secretaría de Cultura. <https://inba.gob.mx/prensa/18670/abren-la-convocatoria-para-el-premio-bellas-artes-juan-rulfo-para-primera-novela-2023>.

³ Espinosa Domínguez, Carlos. Virgilio Piñera en persona. Ediciones Unión, 2013.

